

Demas de ser deliciosa, que realmente lo es esta gran comprension de los objetos, y más de los sujetos, de las cosas y de las causas, de los efectos y afectos, es provechoso tambien su mayor asunto, y áun cuidado es discernir entre discretos y necios, singulares y vulgares, para eleccion de íntimos; que así como la mejor treta del jugar es saber descartarse, así la mayor regla del vivir es el saber abstraer.

De esta suerte discurría con el autor el juicioso, el comprensivo, el grande entendedor de todo, el excellentísimo señor duque de Híjar, sucesor en lo entendido y discreto del renombre de Salinas y Alenquer, no sólo en el título, sino en la eminente realidad; que es eco este discurso de tan magistral oráculo.

CONTRA LA HAZAÑERÍA.

SÁTIRA.

¡Oh, gran maestro aquel que comenzaba á enseñar desenseñando! Su primera leccion era de ignorar, que no importa ménos que el saber. Encargaba, pues, Antistenes á sus Tirones desaprender sinieistros, para mejor despues aprender aciertos.

Grande asunto es el conseguir singulares prendas, pero mayor es el huir vulgares defectos; porque uno sólo hasta á eclipsarlas todas, y todas juntas no bastan á desmentirlo sólo. Por una pequeña travesura de una faccion, fué condenado todo un rostro á no parecer; y toda la belleza de las demas no es bastante á absolverle de feo.

Los defectos que por descarados son más conocidos, fácilmente lo declina cualquier medianamente discreto; pero hay algunos tan disimulados por revestidos de capa de perfeccion, que pretenden pasar plaza de realces, especialmente cuando se ven autorizados.

Uno de éstos es la hazañería, que aspira, no á excelencia como quiera, sino de las muy plausibles, y halla favor para ello en grandes personajes, ingiriéndose ya en las armas, ya en las letras, hasta en la misma virtud, y áun se roza con casi héroes; pero verdaderamente no lo son, pues con poco se llenan la boca y el estómago, no acostumbrado á grandes boceados de la fortuna.

Hacen muy del hacendado los que ménos tienen, porque andan á caza de ocasiones y las exageran, ya que las cosas valen ménos que nada, ellos las encarecen. Todo lo hacen misterio con ponderacion, y de cualquier poquedad hacen asombro. Todas sus cosas son las primeras del mundo, y todas sus acciones hazañas; su vida toda es portentos, y sus sucesos milagros de la fortuna y asuntos de la fama. No hay cosa en ellos ordinaria, todas son singularidades del valor, del saber y de la dicha, camaleones del aplauso, dando á todos hartazgos de risa.

Fué necio siempre todo desvanecimiento, mas la jactancia es intolerable. Los varones cuerdos aspiran ántes á ser grandes que á parecerlo. Éstos se contentan con sola la apariéncia, y así, en ellos no es argumento de sublimidad el querer parecer, ántes bien de

una verdadera poquedad, que cualquiera cosa les pareció mucho.

Nace la hazañería de una desvanecida poquedad y de una abatida inclinacion, que no todos los ridiculos andantes salieron de la Mancha, ántes entraron en la de su descrédito. Parecen increíbles tales hombres, pero los hay de verdad, y tantos, que tropezamos con ellos y les oímos cada día sus ridículas proezas, aunque más las quisiéramos huir; porque si fué enfadosa siempre la soberbia, aquí reida; y por donde buscan los más la estimacion, topan con el desprecio; cuando se presumen admirados, se hallan reidos de todos.

No nace de alteza de ánimo, sino de vileza de corazon, pues no aspiran á la verdadera honra, sino á la aparente; no á las verdaderas hazañas, sino á la hazañería. De esta suerte hay algunos que no son soldados, pero lo desean ser, y lo afectan y lo procuran parecer, buscan las ocasiones y cualquiera número que se les ofrezca la celebran.

Muéstranse otros muy ministros, afectando celo y ocupacion, grandes hombres de hacer siempre negocio del no negocio; no hay chico pleito para ellos, de las motas levantan polvaredas, y de pocas cosas mucho ruido; véndense muy ocupados, hambreado reposo y tiempo; hablan de misterio en cada ademán ó gesto, encierran una profundidad entre exclamaciones y reticencias, de suerte que llevan más máquina que el artificio de Juanelo, de igual ruido y poco provecho.

Andan otros mendigando hazañas, hormiguillas del honor, que con un solo grano, que á veces más será paja, van afanados y satisfechos, que las valientes pias que tiran el plaustrero de Ceres, el carro del lucimiento; y es muy de gallinas cacarear todo un día, y al cabo poner un huevo. Andan de parto soberbios y hinchados montes, y abortan despues un ridículo raton.

Gran diferencia hay de los hazañosos á los hazañeros, y áun oposicion; porque aquéllos, cuanto mayor es su eminencia, la afectan ménos; conténtanse con el hacer, y dejan para otros el decir; que cuando no, las mismas cosas hablan harto. Que si un César se comentó á sí mismo, excedió su modestia á su valor, no fué afectar la alabanza, sino la verdad; aquéllos dan las hazañas, éstos las venden y áun las encarecen, inventando trazas para ostentarlas; un acierto mecánico, despues de mil yerros civiles y áun criminales, lo blasonan, lo pregonan, y no hallando hartas plumas en las de la fama, alquilan plumas de oro, para que escriban lodo con asco de la cordura.

Pero que estos desvanecidos hagan hazañería de su nada, excusa tienen en su pasion, que al fin ella y su necedad, todo se cae en casa; pero que un gran necio de éstos haga tantos y mayores, dándoles á beber hasta hartar con sus disparates, y que estos idólatras de ignorancia veneren sus desatinos, es una inexcusable vulgarísima poquedad; no digo ya de los que políticos violentados de la dependencia, no les entra de los dientes adentro la ignorancia, así como les sale de solos los dientes afuera la afectada alaban-

za, porque éstos son lisonjeros de malicia; y como no procede de engaño, quedan absueltos de ignorancia, condenados á adulacion; pero que haya necios en causa y provecho de otro, es caerse la necedad en casa propia y la vanidad en la ajena.

No fueron triunfos los de Domiciano, sino hazañerías; de lo que no hicieran reparo un César, un Augusto, hacían aplauso Calígula y Neron; triunfaban tal vez por haber muerto un jabalí, que no era triunfo, sino porquería.

Las plumas de la fama no son de oro, porque no se alquilan, pero resuenan más que la sonora plata; no tienen precio, pero le dan á los méritos de aplausos.

DILIGENTE Y INTELIGENTE.

EMBLEMA.

Dos hombres formó Naturaleza, la Desdicha los redujo á ninguno; la Industria despues hizo uno de los dos. Cegó aquél, encojó éste, y quedaron inútiles entrambos. Llegó el Arte, invocada de la Necesidad, y dióles el remedio en el alternado socorro, en la reciproca dependencia.

Tú, ciego, le dijo, préstale los piés al cojo; y tú, cojo, préstale los ojos al ciego. Ajustáronse, y quedaron remediados. Cogió en hombros el que tenía piés al que le daba ojos, y guiaba el que tenía ojos al que le daba piés. Éste llamaba al otro su atlante, y aquél á éste su cielo.

Vió este prodigio de la Industria un varon juicioso, y reparando en él, codiciándole para un ingenioso emblema, preguntó bien, que ¿cuál llevaba á cuál? Y fuéle respondido de esta suerte.

Tanto necesita la diligencia de la inteligencia, como al contrario. La una sin la otra valen poco, y juntas pueden mucho. Ésta ejecuta pronta lo que aquélla detenida medita, y corona una diligente ejecucion los aciertos de una bien intencionada atencion.

Vimos ya hombres muy diligentes, obradores de grandes cosas, ejecutivos, eficaces, pero nada inteligentes; y de uno de ellos dijo un crítico frescamente, alabando otros su diligencia: «Que si el tal fuera tan inteligente como era diligente, fuera sin duda un gran ministro del monarca grande.»

Pero á éstos nada se les puede fiar á solas, pues el mayor riesgo corre en su correr; yerran aprisa, si los dejan, y emplean toda su eficacia en desaciertos; no es aquello acabar los negocios, sino acabar con ellos, que parece que corren á la posta, digo á caballo todo, sin caer jamas de su necedad. Es lo bueno que comunmente estos tales aborrecen el consejo y lo truecan en ejecucion.

Pasion es de necios el ser muy diligentes, porque como no descubren los topes, obran sin reparos; corren, porque no discurren; y como no advierten, tampoco advierten que no advierten; que quien no tiene ojos para ver, ménos los tendrá para verse.

Hay sujetos que son buenos para mandados, porque ejecutan con felicísima diligencia; mas no valen para mandar, porque piensan mal y eligen peor, tro-

pezando siempre en el desacierto. Hay hombres de todos gremios, unos para primeros y otros para segundos.

Pero no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecucion; marchítanse en flor sus concebidos aciertos, porque los comprendió el hielo de una irresolucion y pérdida de aquella su fragante esperanza, se malogran con el dejamiento.

Resuelven algunos con extremada sindéresis, decretan con plausible eleccion y piérdense despues en las ejecuciones, malogrando lo excelente de sus dictámenes con la ineficacia de su remision; arrancan bien y paran mal, porque pararon; discurren mucho, que es lo más; hacen juicio y áun aprecio de lo que conviene, y por una ligera fatiga del ejecutarlo lo dejan todo perder. Otros hay poco aplicados á lo que más importa, y se apasionan por lo que ménos conviene, hasta llegar á tener antipatía con su obligacion; que no siempre se ajustan el genio y el empleo, y topando más dificultad en lo que abrazan, el gusto todo lo vence; de suerte que nace la fuga más de horror que de temor, más de enfado que de trabajo. Es dón, y grande, la buena aplicacion, que no siempre se casa ni con el oficio ni con el cargo, aunque sea soberano. ¡Qué de veces degenera de lo heroico y se destina á una vulgarísima nada!

Bien que todos los sabios son detenidos, que del mucho advertir nace el reparar; así como descubren todos los inconvenientes, querrian tambien prevenir todos los remedios; con esto raras veces recae la diligencia sobre la inteligencia. En los que gobiernan se desea aquélla, y ésta en los que pelean, y si concurren, hacen un prodigio.

Fué la mayor presteza en Alejandro madre de la mayor ventura; conquistólo todo (decía él mismo), dejando nada para mañana; ¿qué hiciera para otro año? Pues César, aquel otro ejemplar de héroes, decía que sus increíbles empresas, ántes las habia concluido que consultado, ó porque su misma grandeza no le espantase, ó porque áun el pensarlas no le detuviese; gran palabra suya el vamos, y nunca el vayan los otros. Basta la presteza á hacer rey de las fieras al leon, que aunque muchas de ellas le ganan, unas en armas, otras en cuerpo y otras en fuerzas, él las vence á todas en fe de su presteza.

Éste es aquel excedido exceso que entre sí mantienen los valerosos españoles y los belicosos franceses, igualando el cielo la competencia, contrapesando la prudencia española á la presteza francesa. Opuso la detencion de aquéllos á la cólera de éstos; lo que le falta al español de prontitud, lo suple con el consejo; y al contrario, la temeridad en el frances es lustre de su increíble diligencia. Con esto andan equivocadas las victorias y paralelos los sucesos, segun las contingencias y los tiempos. Tomóles el pulso César á entrambas naciones, y venció á la una previniendo, y á la otra esperando. Á entrambas pudiera encargar el grande Augusto su *festina lente* en empresas, y hiciera un medio muy acertado.

Tiene lo bueno muchos contrarios, porque es raro, y los males muchos; para lo malo todo ayuda. El ca-

mino de la verdad y del acierto es único y dificultoso; para la perdición hay muchos médicos y pocos remedios. Contra lo conveniente todas las cosas se conjuran, las circunstancias se despintan, la ocasión pasando, el tiempo huyendo, el lugar faltando, la sazón mintiendo y todo desayudando; pero la inteligencia y la diligencia todo lo vence.

DEL MODO Y AGRADO.

CARTA AL DOCTOR DON BARTOLOMÉ DE MORLANES, CAPELLAN DEL REY, NUESTRO SEÑOR, EN LA SANTA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Por este gran precepto, señor mio, mereció Cleobulo ser el primero de los sabios; luego él será el primero de los preceptos. Mas si el enseñarle basta á dar renombre de sabio, y el primero, ¿qué le quedará para el que lo observa? Que el saber las cosas y no obrallas, no es ser filósofo, sino gramático.

Tanto se requiere en las cosas la circunstancia, como la sustancia; ántes bien lo primero con que topamos no son las esencias de las cosas, sino las apariencias; por lo exterior se viene en conocimiento de lo interior, y por la corteza del trato sacamos el fruto del caudal; que áun á la persona que no conocemos, por el porte la juzgamos.

Es el modo una de las prendas del mérito, y que cae debajo de la atención; puede adquirirse, y por eso la falta de ello es inexcusable; bien que en algunos tiene principio del buen natural, pero su complemento de la industria; en otros toda es del arte, que puede el cuidado de ésta suplir los olvidos de aquélla, y áun mejorarlos; pero cuando se juntan hacen un sujeto agradable, con igual facilidad y felicidad.

Es también de las bellezas transcendentales á todas las acciones y empleos. Fuerte es la verdad, valiente la razón, poderosa la justicia; pero sin un buen modo todo se desluce, así como con él todo se adelanta. Cualquiera falta suplirá áun las de la razón, los mismos yerros dora, las fealdades afeita, desmiente los desaires y todo lo disimula.

¿Qué de materias graves y importantes se gastaron por un mal modo, y qué de ellas ya de desahuciadas se mejoraron y concluyeron por el bueno!

No basta el grande celo en un ministro, el valor en un caudillo, el saber en un docto, la potencia en un príncipe, si no lo acompaña todo esta importantísima formalidad. Es político adorno de los cetros, esmalte de las coronas; ántes bien en ningún otro empleo es más urgente que en el mandar. Obliga mucho que los superiores más recaban humanos que despóticos. Ver en un príncipe que cediendo á la superioridad se vale de la humanidad, obliga doblado; primero se ha de reinar en las voluntades y despues en la posibilidad. Concilia la gracia de las gentes, y áun el aplauso, si no por naturaleza, por arte; que el que lo admira, no mira si es propio ó si es postizo, gózalo con aclamación.

Es tan útil como acepto. Cosas hay que valen poco

por su ser, y se estiman por su modo. Pudo dar novedad á lo pasado y ayudarle á volver, y áun tener vez. Si las circunstancias son á lo práctico, desmienten lo cansado de lo viejo. Siempre va el gusto adelante, nunca vuelve atrás; no se ceba en lo que ya pasó, siempre pica en la novedad; pero puede engañar con lo flamante del modillo. Remózanse las cosas con las circunstancias, y desmientese el acaso de lo rancio y el enfado de lo repetido, que suele ser intolerable y más en imitaciones, que nunca pueden llegar ni á la sublimidad ni á la novedad de primero.

Vese esto más en los empleos del ingenio, que aunque sean las cosas muy sabidas, si el modo del decir las en el retórico y del escribirlas en el historiador fuere nuevo, las hace apetecibles.

Cuando las cosas son selectas, no cansa el repetir las hasta siete veces; pero aunque no enfadan, no admiran, y es menester guisallas de otra manera para que soliciten la atención; es lisonjera la novedad, hechiza el gusto, y con sólo variar de sainete se renuevan los objetos, que es gran arte de agradar.

¿Cuántas cosas muy vulgares y ordinarias las pudo realzar á nuevas y excelentes, y las vendió á precio de gusto y de admiración! Y al contrario, por escogidas que sean, sin este sainete no pican el gusto ni consiguen el agrado.

Préciase de discreto y lo es. Las mismas cosas dirá uno que otro, y con las mismas lisonjeará éste y ofenderá aquél. Tanta diferencia y importancia puede haber en el cómo, y tanto recaba un buen término y desazona el malo; y si la falta de él es tan notable, ¿qué será un modo positivamente malo y afectadamente desapacible, y más en personas de empleo universal? Y vimos en muchos, y áun censuramos, que la afectación, la soberbia, la sequedad, la grosería, la insufribilidad y otras monstruosidades paralelas, los hicieron inaccesibles. Pequeño desman es, ponderaba un sabio, el sobrecejo en tí, y basta á desazonar toda la vida; al contrario, el agrado del semblante promete el del ánimo, y la hermosura afianza la suavidad de la condición.

Sobre todo se precia de dorar el no, de suerte que se estime más que un sí desazonado; azucara con tanta destreza las verdades, que pasan plaza de lisonjas, y tal vez cuando parece que lisonjea, desengaña, diciéndole á uno, no lo que es, sino lo que ha de ser.

Él es único refugio de cuantos les falta el natural, que entónces se socorren del modo, y alcanzan más con el cuidado que otros con la natural perfección; suple faltas esenciales, y con ventajas en todos los superiores y ínfimos empleos; lo bueno es que no se puede definir, porque no se sabe en qué consiste; ó si no, digamos que son todas las tres Gracias juntas en un compuesto de toda perfección.

Y porque no apelemos siempre de prodigios á la antigüedad, ni ménos lo heroico de lo pasado, veneró moderna la admiración y celebró el universal aplauso en su punto, digo en su extremo, esta galante prenda en la católica, en la heroica y también grande, la reina, nuestra señora, doña Isabel de Borbon, aque-

lla que no ya prosiguió, sino que adelantó la gloria del renombre y la felicidad de los aciertos de las Isabelas Católicas de España. Entre singulares muchos coronados reales, sobreostentaba un tan bizarro modo, un tan soberano agrado, que de robar los corazones de sus vasallos, llegó á hechizar los afectos; más recababa una humanidad suya, que toda una real divinidad. Obró mucho en poco tiempo, vivió plausible, murió llorada. Envidiaronla, ó la muerte el alzarse con el mundo, ó el cielo lo ángel y lo santo. Arrebatáronla entrambos á nuestra mejorada dicha, consiguiendo así el renombre de deseada, que es el primero en las reinas, y allá la gloria, que es la última felicidad.

ARTE PARA SER DICHOSO.

FÁBULA.

Tiene la mentida fortuna muchos quejosos y ningún agradecido, llega éste descontento hasta las bestias, ¿pero á quién mejor? El más quejoso de todos es el más simple. Íbase éste cuajando de corrillo en corrillo, y hallaba, no sólo compasión, pero aplauso, especialmente en el vulgo.

Un día, pues, aconsejado de muchos y acompañado de ninguno, dicen que se presentó en la audiencia general del soberano Júpiter; aquí profundamente humilde, que le es de agradecer á un necio, y otorgada la inestimable licencia de ser escuchado, pronunció mal esta peor trazada arenga:

«Integérrimo Júpiter, que justiciero y no vengador te deseo; aquí tienes ante tu majestuosa presencia el más infeliz, sobre ignorante, de los brutos, solicitando, no tanto la venganza de mis agravios, cuanto el remedio de mis desdichas. ¿Cómo pasa ¡oh número eterno! tu entereza por la impiedad de la fortuna, sólo para mí ciega, tirana y áun madrastra? Ya que la naturaleza me hizo el más simple de los animales, que es decir cuanto se puede, ¿por qué esta cruel, á tanta carga ha de añadir la sobrecarga de desdichado, violando el uso y atropellando la costumbre? Me hace ser necio y vivir descontento, persigue la inocencia y favorece la malicia; el soberbio leon triunfa, el tigre cruel vive, la vulpeja, que á todos engaña, de todos se ríe; el voraz lobo pasa, yo solo, que á ninguno hago mal, de todos le recibo; como poco, trabajo mucho, nada del pan, todo del palo; tráeme desaliñado, y yo, que me soy feo, no puedo parecer entre gentes, y sirvo de acarrear villanos, que es lo que más siento.»

Conmovió grandemente esta lastimosa proclamación á todos los circunstantes; sólo Júpiter severo, que no se inmuta á sí vulgarmente, alargó la mano sobre que había estado, no tanto recordado, cuanto reservando para la otra parte aquel oído, hizo ademán que llamasen, para dar su descargo á la fortuna.

Partieron en busca de ella muchos soldados, estudiantes y pretendientes; anduvieron por muchas partes, y en ninguna la hallaban. Preguntaban á unos y á otros, y ninguno sabía dar razón. Entraron en la casa del poderoso Mando, y era tanta la confusión y

la priesa con que todos, sin discurrir, se movían, que no hallaron quien les respondiese ni áun les escuchase, aunque toparon con muchos. Discurrieron ellos que sin duda no debía de estar entre tanto desasosiego, y no se engañaron. Pasaron á la casa de la Riqueza, y aquí les dijo el Cuidado que había estado, pero muy de paso, no más de para encomendar algunos haces de espigas y unos talegones de leznas. Entraron en la quinta de la Hermosura, que está muy cerca del sexto, para pagarlo por las setenas; toparon con la Necedad, y sin preguntaros más, pasaron á la de la Sabiduría; respondiósles la Pobreza que tampoco estaba allí, pero que de día en día la aguardaba.

Sola les quedaba ya otra casa, que estaba sola á la derecha acera. Llamaron, por estar muy cerrada, y salió á responderles una tan hermosa doncella, que creyeron ser alguna de las tres Gracias, y así, le preguntaron, ¿cuál era? Respondió con notable agrado que era la Virtud. En esto salía ya de allá dentro, y de lo más interior, la Fortuna, muy risueña; intimáronla el mandato, y obedeció ella, como suele, volando á ciegas.

Llegó muy reverente al sacro trono, y todos los del cortejo la hicieron muchas cortesías, y áun zalemas, por recambiarlas. ¿Qué es esto, oh Fortuna, dijo Júpiter, que cada día han de subir á mí las quejas de tu proceder? Bien veo cuán dificultoso es el asunto de contentar, cuanto más á muchos, y á todos imposible; también me consta que á los más les va mal, porque les va bien, y en lugar de agradecer lo mucho que les sobra, se quejan de cualquier poco que les falte; es abuso entre los hombres nunca poner los ojos en el saco de las desdichas de los otros, sino en el de las felicidades, y al contrario en sí mismos; miran el lucimiento del oro de una corona, pero no el peso ó el pesar. Por tanto, yo nunca hago caso de sus quejas, hasta ahora; que las de éste, de todas maneras infeliz, traen alguna apariencia.

Mirósele la Fortuna de reojo, iba á sonreirse, pero advirtiendo dónde estaba, mesuróse, y muy caricompuesta dijo: «Supremo Júpiter, una palabra sota quiero que sea mi descargo, y sea ésta: si él es un asno, ¿de quién se queja?» Fue muy reida de todos la respuesta, y del mismo Jove aplaudida; y en confirmación de ella y enseñanza del necio acusador, más que consuelo, le dijo:

«Infeliz bruto, nunca vos fuéades tan desgraciado, si fuéades más avisado. Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el leon, prudente como el elefante, astuto como la vulpeja y cauto como el lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengañense todos los mortales (dijo alzando la voz), que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia ó imprudencia.»

CORONA DE LA DISCRECIÓN.

PANEGIRIS.

Caerian á la lengua los huesos del cuerpo humano, su tan numerada flaqueza; ponderaban aquella su

livandad, con que no repara en anticiparse al mismo entendimiento, y no acababan de exagerar los vulgares empeños de su ligereza.

Pero la Lengua, no faltándose á sí misma, defendíase con el corazon, que siendo principio de la vida y rey de los demas miembros, es tambien de carne todo él. Excusábase con el cerebro, que siendo asiento de la sindéresis, es muy más muelle que ella; pero no le valia, porque respondieron entrambos por sí, el corazon representando su valor, y el cerebro apoyando su mucha estabilidad.

Viendo la Lengua lo que la apuraban, sacando fuerzas de su propia flaqueza, dijo: «¡Qué, tan débil os parezco! Pues advertid que si yo quiero, soy más fuerte que el más sólido de todos vosotros; y aquí donde me veis toda de carne, basto yo á quebrantar diamantes, que no digo ya huesos.» Rieronlo mucho todos, especialmente los dientes, que hicieron amago de detenella, como suelen. «Sí, yo lo digo, repitió ella, y lo probaré con tal evidencia, que todos la confeséis con aclamacion. Sabed, y nótele todo el mundo, que cuando yo digo la verdad, soy lo fuerte de lo fuerte; nadie entónces me puede contrastar, y en fe de ella, todo lo sujeto.

«Fuerte es un rey, que todo lo acaba; más fuerte es una mujer, que todo lo recaba; fuerte es el vino, que ahoga la razon; pero más fuerte es la verdad, y yo, que la mantengo.» Verdad, verdad, exclamaron todos, y diéronse por vencidos. Quedó triunfante la Lengua, haciéndose mil en repetir y en celebrar este victorioso suceso.

Tiene esta gran reina su retiro en el corazon y su tribunal en la lengua; aquí vienen á parar todas las causas, si no de primera instancia, por apelacion de desengaño.

Así sucedió en aquella célebre contienda que tuvieron entre sí las más sublimes prendas de un varon consumadamente perfecto, sobre el ya globo de oro, para ápice de su inmortal corona. Contendian la alteza de ánimo, la majestad de espíritu, la estimacion, la reputacion, la universalidad, la ostentacion, la galanteria, el despejo, la plausibilidad, el buen gusto, la cultura, gracia de las gentes, la retentiva, lo noticioso, lo juicioso, lo inapasionable, lo desafectado, la seriedad, el señorío, la espera, lo agudo, el buen modo, lo práctico, lo ejecutivo, lo atento, la simpatía sublime, la incomprendibilidad, la indefinibilidad, con otras muchas de este porte y grandeza.

Comenzó al principio por una generosa emulacion, y vino á parar despues en un bando tan declarado cuan esclarecido; no sólo ya entre las mismas prendas, sino entre los valederos de ellas. Eran éstos, aunque pocos, singulares, los mayores hombres de los siglos, gigantes todos de la fama, prodigios de las emiencias; al fin, todos ellos inmortales héroes.

Competian como apasionados y diligenciaban como poderosos, adelantando cada uno su realce; los sabios por razon, los valerosos por fuerza y los poderosos por autoridad. Fué tal el teson de inmortalidad, con tal infamacion de aplauso, que se vió arder todo el reino de la heroicidad en esta lucida guerra.

Discurría vária la fama y muy equívoca la fortuna, segun los tiempos, los usos y los genios de las gentes; con que cada uno abundaba en su sentir, y nunca se declaraba la victoria. Considerando los varones sabios que el litigio fué hijo del caos y parto de la confusion, propusieron á los demas el llevar esto por tela de juicio y no de la contienda; convinieron todos, y remitiéronse al acierto de una sábia, prudente y justísima sentencia. Mas de una dificultad, como se suele, dieron en otra mayor, y fué á qué tribunal acudirian.

Porque Astrea, muchos dias há que desahuciando el mundo, se retiró al cielo; ir á Momo, era condenarse todos; porque la murmuracion á nadie da justicia, ni aun arbitrio; todo lo condena. Sola quedaba la Verdad, mas ella há muchos siglos que dió en cuerda, retirándose á su interior, sintiéndose acatarrada y aun muda. Con todo eso, á ruego de sus amartelados sabios, y pidiendo primero salvoconducto á los reyes, que por esta sola vez se lo concedieron, dejése ver más hermosa cuanto más de cerca, más galante cuanto más desnuda, que tomó de la primavera con el nombre la belleza; traia poco séquito, pero lucido; y aunque aborrecida de muchos, fué acatada de todos.

Sentóse en su tribunal á la luz del mediodía. Comenzaron á informar las partes, haciéndose encomios, al modo que quedan referidos. Alabólas á todas, y con tal singularidad á cada una, que parecia decantarse á ella; mas al cabo se declaró diciendo:

«Eminentísimos reales del varon culto, plausibles prendas del varon discreto; confieso ingenuamente que á todos os admiro y á todas os celebro, pero no puedo dejar de decir la verdad, por no faltarme á mí misma. Digo, pues, que brilla un sol de los reales, lucimiento de las prendas, esplendor de la heroicidad, y de la discrecion complemento. Tiene en vez de esfera, religiosa ara en aquel cristiano Haro, don Luis Mendez, idea mayor de esta primera prenda. Llamóla Séneca el único bien del hombre, Aristóteles, su perfeccion; Salustio, blason inmortal; Ciceron, causa de la dicha; Apuleyo, semejanza de la divinidad; Sófocles, perpétua y constante riqueza; Eurípides, moneda escondida; Sócrates, vaso de la fortuna; Virgilio, hermosura del alma; Caton, fundamento de la autoridad; llevándola á ella sola, llevaba todo el bien Biante; Isócrates la tuvo por su posesion, Menandro por su escudo, y por su mejor aljaba Horacio; Valerio Máximo no la halló precio, Plauto la hizo premio de sí misma, y el plausible César la llamó fin de las demas; y yo, en una palabra, la entereza.

CULTA REPARTICION

DE LA VIDA DE UN DISCRETO.

Mide su vida el sabio, como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias, es camino largo sin mesones; pues; qué si han de pasar en compañía de Heráclito! La misma naturaleza, atenta, proporcionó

el vivir del hombre con el capinar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades de ésta.

Comienza la primavera en la niñez, tiernas flores, en esperanzas frágiles.

Síguese el estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra despues el deseado otoño de la varonil edad, coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos. Acaba con todo el invierno helado de la vejez, cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida, ingeniosamente vária. En una palabra la dijo Pitágoras, y aun ménos, pues en una sola letra y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y del bien. Á este arriesgado vivió, dicen que llegó Alcides al amanecer; que la razon es aurora, y aquí fué su comun perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con aficion el de la siniestra. Estrecho aquél y dificultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado; espacioso éste, y fácil tan á cuesta abajo, cuan trillado. Paró aquí, reparando cuán superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro; el falcon, que se convirtió en cisne. Diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte despues prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para ladrar, y veinte últimos de la mona para caducar; excelentísima ficcion de la verdad.

Mas ahorrando de erudita prolijidad. Célebre gusto fué el de aquel varon galante, que repartió la comedia en tres jornadas, y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda con los vivos. La tercera consigo mismo. Descifremos el enigma. Digo, que el primer tercio de su vida destinó á los libros, leyó, que fué más fruicion que ocupacion; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu; gran felicidad, topar con los selectos en cada materia; aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, á distincion de aquellas que son para esclavas del trabajo.

Prevínose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognicion de lenguas; las dos universales, latina y española, que hoy son las llaves del mundo, y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luégo á aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento y hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las mo-

dernas, aunque otros practiquen lo contrario. No perdonó á las propias ni á las extranjeras, sagradas y profanas, con eleccion y estimacion de los autores, con distincion de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprension grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, orden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra, y esto con tan feliz memoria, que parecia un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la poesia, no tanto para usarla, cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia: con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos poetas, adelantando mucho el ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias; y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos á la memoria y más al entendimiento. Con la poesia juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras, atesorando una relevante erudicion.

Pasó á la filosofia, y comenzando por lo natural, alcanzó las causas de las cosas, la composicion del universo, el artificioso sér del hombre, las propiedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de lo moral, pasto de muy hombres, para dar vida á la prudencia; y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio; apasionado de Platon, como divino, de los siete de la fama, de Epitecto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con misterio la cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, ó por ignorantes ó por dejados, que jamas supieron dónde tenian los piés. De la astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su práctica estudiosidad con una continua grave leccion de la sagrada Escritura, la más provechosa, vária y agradable al buen gusto, y al ejemplo de aquel fénix de reyes, don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo á cabo la Biblia catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la filosofia moral le hizo prudente; la natural, sabio; la historia, avisado; la poesia, ingenioso; la retórica, elocuente; la humanidad, discreto; la cosmografía, noticioso; la sagrada leccion, pio, y todo él en todo género de buenas letras consumado, que pudiera competir con el excelentísimo señor don Sebastian de Mendoza, conde de Coruña. Éste fué el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gustoso

peregrino; segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo; que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas: va mucho de lo visto á lo imaginado: más gusta de los objetos el que los ve una vez que el que muchas; porque aquella se goza y las demas enfadan: consérvese en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad: el primer día es una cosa para el gusto de su dueño; todos los demas para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo ó con admiración ó con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas provincias, la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia; admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno; lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las córtes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia; y todo esto con una juiciosa comprensión, notando, censu-

rando, cotejando y dando á cada cosa su merecido precio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma va á parar á la aduana del entendimiento; allí se registra todo. Él pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia despues meditando, desmenuza los objetos, desentraña las cosas averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación, que entónces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, realzase la balanza de la parte superior lo que descaee la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexion sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, despues se alcanza á la revista.

Hácese noticioso el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filósofos discurriendo primero con los piés y con la vista, para despues con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discrecion el saber filosofar, sacando de todo, como solicita abeja, ó la miel del gustoso provecho ó la cera para la luz del desengaño. La misma filosofia no es otro que meditacion de la muerte, que es menester meditarla muchas veces ántes para acertar á hacer bien una sola despues.

ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA,

SACADA DE LOS AFORISMOS QUE SE DISCURREN

EN LAS OBRAS DE BALTASAR GRACIAN.

Todo está ya en su punto, y el ser persona en el mayor: más se requiere hoy para un sabio que antiguamente para siete, y más es menester para tratar con un solo hombre en estos tiempos que con todo un pueblo en los pasados.

Genio y ingenio: los dos ejes del lucimiento de prendas. El uno sin el otro, felicidad á medias: no basta lo entendido, deséase lo genial: infelicidad de necio errar la vocacion en el estado, empleo, region, familiaridad.

Llevar sus cosas con suspension. La admiracion de la novedad es estimacion de los aciertos. El jugar á juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto. El no

declararse luégo suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto á la universal espectacion, amaga misterio en todo, y con su misma arcanidad provoca la veneracion. Aun en el darse á entender se ha de huir la llaneza, así como ni el trato se ha de permitir el interior á todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordura. La resolucion declarada nunca fué estimada; ántes se permite á la censura, y si saliere azar, será dos veces infeliz. Imitase, pues, el proceder divino para hacer estar á la mira y al desvelo.

El saber y el valor alternan grandeza; porque lo son, hacen inmortales: tanto es uno cuanto sabe, y

el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo á obscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos; sin valor es estéril la sabiduría.

Hacer depender. No hace el númen el que lo adora; el sagaz más quiere necesitados de sí que agradecidos. Es robarle á la esperanza cortés, fiar del agradecimiento villano, que lo que aquella es memoriosa es éste olvidadizo. Más se saca de dependencia que de la cortesía: vuelve luégo las espaldas á la fuente el satisfecho, y la naranja exprimida cae del oro al lodo. Acabada la dependencia, acaba la correspondencia, y con ella la estimacion. Sea leccion, y de prima en experiencia, entretenerla, no satisfacerla, conservando siempre en necesidad de sí áun al coronado patron; pero no se ha de llegar al exceso de callar para que yerre, ni hacer incurable el daño ajeno por el provecho proprio.

Hombre en su punto. No se nace hecho: vase de cada día perfeccionando en la persona, en el empleo, hasta llegar al punto del consumado sér, al complemento de prendas, de eminencias: conocerse ha en lo realzado del gusto, purificado del ingenio, en lo maduro del juicio, en lo defecado de la voluntad. Algunos nunca llegan á ser cabales; fáltales siempre un algo: tardan otros en hacerse. El varon consumado, sabio en dichos, cuerdo en hechos, es admitido, y áun deseado del singular comercio de los discretos.

Excusar victorias del patron. Todo vencimiento es odioso, y del dueño ó necio ó fatal. Siempre la superioridad fué aborrecida, cuanto más de la misma superioridad. Ventajas vulgares suele disimular la atencion, como desmentir la belleza con el desaliño. Bien se hallará quien quiera ceder en la dicha y en el genio; pero en el ingenio ninguno, cuanto ménos una soberanía: es éste el atributo rey, y así cualquier crimen contra él fué de lesa majestad. Son soberanos y quieren serlo en lo que es más. Gustan de ser ayudados los príncipes, pero no excedidos, y que el aviso haga ántes viso de recuerdo de lo que olvidaba, que de luz de lo que no alcanzó. Enseñannos esta sutileza los astros con dicha, que aunque hijos, y brillantes, nunca se atreven á los lucimientos del sol.

Hombre inapasionable, prenda de la mayor alteza de ánimo, su misma superioridad le redime de la sujecion á peregrinas vulgares impresiones. No hay mayor señorío que el de sí mismo, de sus afectos, que llega á ser triunfo del albedrío; y cuando la passion ocupáre lo personal, no se atreva al oficio, y ménos cuanto fuere más: culto modo de ahorrar disgustos y áun de atajar para la reputacion.

Desmentir los achaques de su nacion. Participa el agua las calidades buenas ó malas de las venas por donde pasa, y el hombre las del clima donde nace. Deben más unos que otros á sus patrias; que cupo allí más favorable el cenit. No hay nacion que se escape de algun original defecto, áun las más cultas, que luégo censuran los confinantes, ó para cautela ó para consuelo. Victoriosa destreza corregir, ó por lo ménos desmentir estos nacionales desdoras: consíguese el plausible crédito de único entre los suyos, que lo que ménos se esperaba se estimó más. Hay

tambien achaques de la prosapia, del estado, del empleo y de la edad, que si coinciden todos en un sujeto y con la atencion no se previenen, hacen un monstruo intolerable.

Fortuna y fama. Lo que tiene de inconstante la una tiene de firme la otra. La primera para vivir, la segunda para despues: aquella contra la envidia, ésta contra el olvido. La fortuna se desea y tal vez se ayuda: la fama se diligencia; deseo de reputacion nace de la virtud. Fué y es hermana de gigantes la fama; anda siempre por extremos, ó monstruos ó prodigios de abominacion, de aplauso.

Tratar con quien se puede aprender. Sea el amigable trato escuela de erudicion, y la conversacion, enseñanza culta: un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto del conversar. Alternase la fruicion con los entendidos, logrando lo que se dice en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye en el amaestramiento, ordinariamente nos lleva á otro la propria conveniencia, aquí realizada frecuente el atento las casas de aquellos héroes cortesanos, que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos, que á más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discrecion.

Naturaleza y arte; materia y obra. No hay belleza sin ayuda ni perfeccion que no dé en bárbara sin el realce del artificio; á lo malo socorre y á lo bueno lo perficiona. Déjanos comunmente á lo mejor la naturaleza; acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad á las perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe á tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfeccion.

Obra de intencion, ya segunda, ya primera. Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre; pelea la sagacidad con estratagemas de intencion. Nunca obra lo que indica; apunta, sí, para deslumbrar: amaga al aire con destreza, y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre á desmentir. Echa una intencion, para asegurarse de la émula atencion, y revuelve luégo contra ella venciendo por lo impensado; pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la acecha con reflejos, entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luégo cualquier intentar de falso: deja pasar toda primera intencion, y está en espera á la segunda y áun á la tercera. Auméntase la simulacion al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad: muda de juego por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observacion entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz: descifra la intencion más solapada cuanto más sencilla. De esta suerte combaten la calidez de Piton contra la candidez de los penetrantes rayos de Apolo.

La realidad y el modo. No basta la substancia, requiérese tambien la circunstancia. Todo lo gusta un